

DOYLE, Chris: *Honorius. The Fight for the Roman West AD 395-423*. London · New York: Routledge, 2019, xxiv + 205 pp. [ISBN 978-1-138-19088-7].

«It is not easy to admire, or even like Honorius» (p. 189), esta es la poco estimulante conclusión a la que Chris Doyle llega al cerrar una biografía confesadamente planteada para reivindicar la memoria del emperador. Es cierto que en el momento de su acceso al trono, Honorio, con solo diez años, lo tenía todo en su contra. Desde un punto de vista afectivo el futuro emperador, huérfano de madre desde los dos años y con un padre ausente, se ha criado en un entorno cortesano perpetuamente envuelto en intrigas, bajo la tutela de su prima Serena y del marido de ésta, Estilicón, quienes tras la muerte de Teodosio ejercerán de auténticos padres adoptivos y, hasta el 408, como regentes, cuando no como emperadores en la sombra. De alguna manera, la imagen que la historiografía ha transmitido de Honorio parecería el reflejo de un hombre sin voluntad, sometido al control que sobre él ejercieron, primero los recordados mentores designados por su padre, luego, cortesanos ambiciosos como Olympius, más adelante el *magister militum* Constantius quien, casado con su hermana Galla Placidia, llegaría a ser efímero co-augusto unos meses en el 421. Incluso Galla Placidia ejerció sobre el emperador una ascendencia que algunas fuentes anti-cristianas rodearon de rumores de inmoralidad.

La imagen de un títere rodeado por una camarilla complaciente, poco más que un imbécil incapaz, es la que transmitieron algunos de los fundadores del estudio moderno sobre

el Imperio romano, caso de Louis-Sebastien Tillemont, o Edward Gibbon; imagen que popularizaron novelistas como Wilkie Collins y llegaron a las representaciones de la pintura historicista o, incluso, al cine. Esa imagen proyectaba ciertos episodios denigratorios, anecdóticos y probablemente falaces, transmitidos por algunos historiadores antiguos y, más probablemente, el juicio que Honorio heredó de un periodo en el cual la grandeza de Roma, que aún podía vislumbrarse en el complejo siglo IV, definitivamente se apagó. Su figura, escondida por la propaganda oficial y los secretos de palacio, fue denigrada por los historiadores paganos y en manos de los autores cristianos fue poco más que un icono hagiográfico, el verdadero hacedor de la definitiva execración del paganismo. Las fuentes que nos han transmitido su conocimiento son casi siempre indirectas y el único autor que marcaría un elemento de continuidad hasta su abrupta desaparición en el 404, el poeta de corte Claudiano, parece haber estado más al servicio de la figura de Estilicón que del mismo emperador.

Cuando Teodosio dividió el imperio entre sus hijos Arcadio y Honorio, la herencia que estos recibieron fue un gigantesco castillo de naipes sostenido por estructuras realmente endebles. El problema bárbaro, que desde la debacle de Adrianópolis no había dejado de ser una continua causa de quebrantos, había sido resuelto por Teodosio con concesiones parciales y temporales de espacios de asentamiento, con la contratación masiva de tropas bárbaras, con el encumbramiento de algunos de sus líderes, pero seguían siendo un tumor instalado en un cuerpo enfermo. La muerte de Teodosio, y el equívoco juego de alianzas urdido por Estilicón,

habían animado a los godos, el más poderoso de los pueblos que vagaban por el interior del Imperio, a un continuo de saqueos que en la década del 390 afectaron especialmente a los Balcanes y Grecia pero que a partir del 400 llegaron a la misma Italia. A las puertas de Milán, donde Honorio residía y cuya presencia parece haber condicionado el traslado de la corte a la más segura Rávena. Al asedio de Roma que finalmente sería saqueada por Alarico en el 410. Y mientras tanto nuevas oleadas de bárbaros sobre el norte de Italia y sobre la Galia en los años 405-407 provocaron la pérdida de Britania y buena parte de Hispania.

La estabilidad política era igualmente frágil. Las usurpaciones eran un mal endémico del Imperio, figuras como Magno Máximo o Flavio Eugenio había cobrado protagonismo en la década inmediatamente anterior a su acceso al poder, y su reinado no va a verse libre de esta amenaza. África era un territorio esencial en el juego estratégico del Imperio, granero de Roma y de buena parte de Italia, desde el 386 Teodosio había dejado su control en manos de Gildo, un militar de carrera, un indígena con una enorme red clientelar y grandes propiedades en la zona, a quien había pagado sus servicios con los cargos de *comes Africae* y *Magister utriusque militiae per Africam*. Un poder enorme que había utilizado en su propio beneficio. Dos leyes del 397 (*CTh* 4.40.30 y 14.5.3) evidencian el descontento imperial en relación con la gestión de la *annona* africana, corrupta hasta el punto de que trigo y aceite eran vendidos a particulares y no llegaban a Roma. Es posible que tales leyes fuesen vistas por Gildo como una amenaza a su evidente autonomía

y utilizó el hambre de Roma como un arma. El trigo africano era la base del orden público en Italia y el senado romano aprobó la guerra. El episodio fue objeto de uno de los textos panegíricos del poeta Claudiano, un texto propagandístico que sirvió para prestigiar a Honorio, al que presenta como un emperador resolutivo, contribuyendo a mantenerle en el trono, pero, sobre todo, para encumbrar a Estilicón y garantizarle una década de dominio absoluto en los asuntos del Imperio. El episodio de la revuelta africana evidenció, en cualquier caso, que los problemas del Imperio eran mucho mayores que la agobiante presión de los bárbaros: las enormes dificultades para reclutar tropas, esencialmente entre los dependientes de los grandes propietarios que compraban la exención de sus obligaciones (*CTh* 7.13.13), la creciente toma de conciencia de algunos territorios provinciales cuya riqueza y, relativa seguridad, les hace crecientemente insolidarios y, lejos de la voluntad de Teodosio cuando dividió el Imperio entre sus hijos, los primeros desencuentros entre Oriente y Occidente (en algún momento Gildo parece haber jugado la baza de someter África a la soberanía de Oriente y Arcadio no movió claramente sus piezas a favor de Honorio). El episodio fue utilizado como un motivo de auto-exaltación por la corte occidental durante varios años; de hecho, todavía en el 404 Honorio celebró un triunfo en Roma para conmemorar la victoria sobre Gildo y las más recientes batallas de Pollentia y Verona contra los godos. Este *adventus* fue una celebración fallida, sin cautivos ni botín que exhibir, sin un emperador victorioso que hubiese empuñado las armas, era

la parodia de un auténtico *triumphus*; Claudiano recitó ante el senado su último panegírico –no se vuelve a saber nada de él–, un texto cargado de optimismo, aunque el emperador vuelve a ser una sombra de Estilicón, el verdadero triunfador. Para Honorio se construyó ahora el último arco de triunfo erigido en la ciudad.

Entre las celebraciones del 404 y el 408 el Imperio iba a vivir años decisivos. En el 405 confluyen acontecimientos de enorme trascendencia. Al tiempo que el bárbaro Estilicón era elegido para su segundo consulado, moría su hija María, la primera esposa de Honorio, sin hijos. La reciente muerte de Eudoxia, la esposa de Arcadio, llevó al emperador de Oriente a recluirse en palacio, las relaciones entre ambos hermanos se interrumpen. Alarico es designado *magister militum*, aunque sigue sin obtener las tierras que reclama como subsidio para sus soldados. En el verano del 402, tras la victoria de Pollentia, Claudiano (*Get.* 568-573) había advertido que los pueblos de Britania, del Rin y del Danubio observaban desde sus atalayas a la espera de la reacción de un imperio tambaleante. Radagaisus, un godo que ya había invadido Raetia en el 401, irrumpe ahora en el norte de Italia, la situación era desesperada, fue derrotado en el verano del 406 en Faesulae pero a costa de comprometer a los godos de Alarico y contingentes hunos. La victoria no liberó la presión, en el otoño dos leyes de Honorio llamaban a un reclutamiento general en el norte de Italia y la Galia (*CTh* 7.3.16-17), el que se incluyese a los esclavos con promesa de liberación indica lo desesperado de la situación. Unos meses después un conglomerado de pueblos, entre los que

destacan suevos, vándalos y alanos, invadieron la Galia. El autor considera este paso del Rin como «the barbarian Rubicon» (p. 134). El desconcierto fue aprovechado por un oficial romano de Britania quien se proclamó emperador con el nombre de Constantino (III), su aventura, a la que se suma su general Geroncio y otro usurpador puesto por éste en Hispania, Máximo, duró cuatro años, hasta el 411, pero en ese intervalo se perdió Britania y todo el occidente hispano. La defenestración de Estilicón y su asesinato en agosto del 408 debe entenderse dentro del clima de frustración del momento. El senado fue extorsionado para hacer frente a las exigencias de los godos; los rumores sobre la connivencia de Estilicón con Alarico se crearon en este ambiente de resentimiento anti-bárbaro, nada hace pensar que fuesen ciertos pero es probable que pesasen en el ánimo de Honorio quien a los 24 años pudo ser convencido –aparece aquí la figura del *magister scrinorum* Olympius– para sacudirse la tutela de su mentor. A la muerte de Estilicón seguiría tiempo después la de Serena y el hijo de ambos, Eucherio. Thermancia, la otra hija, con la que el emperador se había casado el año anterior, fue repudiada; Honorio no volvió a casarse. No parece casual que en estas fechas la iconografía de Honorio incorpore un bigote y una pequeña barba, un símbolo de paso que quizás marcaba un nuevo estatus de autoconfianza. Las familias de los federados de Estilicón fueron masacradas en una oleada de odio antibárbaro que recorrió Italia. No por casualidad, poco antes, Sinesio de Cirene había presentado ante la corte de Oriente su *De regno*, todo él un alegato contra la influencia bárbara en la administración y el ejército.

La figura de Olympius, a pesar de haber sido 'premiado' con el puesto de *magister officiorum* enseguida resultó un estorbo para Honorio y fue eliminado. De alguna manera, en la década siguiente la figura de Honorio emerge con una fuerza antes no vista. Es probable que la presencia de Estilicón y Serena hubiesen anulado su capacidad de iniciativa, pero hay también un factor de edad. Honorio era el primer emperador niño que llegaba en el cargo a la edad adulta y podía ahora tomar iniciativas propias. Sin embargo, la potencial capacidad de Honorio como emperador se diluye en un contexto de enormes problemas. Alarico no solo asedió Roma durante largos periodos y la saqueó, también promovió un emperador alternativo, Atalo, y a comienzos del 412 otros tres personajes (Jovino, Sebastián y Heracliano) se postulan como usurpadores. En estos años Honorio parece haber encontrado sus consejeros entre la jerarquía eclesiástica, una confluencia de intereses que servirá a la Iglesia para imponerse de manera definitiva en la corte imperial. La propaganda oficial se impregna ahora de imágenes providenciales, Honorio que, hasta donde sabemos, nunca participó en una batalla es ahora el soldado de Cristo y el favorito de Dios. La catolicidad se hace evidente en sus leyes. Honorio inaugura de alguna manera una nueva imagen del emperador; frente al guerrero victorioso que aún personificaba su padre, ahora tenemos a un líder religioso, que interviene enérgicamente en la disputa papal entre Eulalio y Bonifacio, y a un legislador.

Habría sido interesante que el autor hubiese abordado de manera independiente la faceta legislativa de Honorio. Parece que, tras la

desaparición de Estilicón, el emperador se implicó directamente en redactar sus propias leyes (p. 158). Es cierto que sus iniciativas estuvieron cada vez más impregnadas de una religiosidad piadosa, intolerantes hacia los no católicos, los herejes, los paganos, los judíos –en su caso con cierta ambigüedad que se debatía entre su alejamiento del servicio civil pero la protección de sus edificios o el respeto de sus celebraciones–. Pero sus leyes tenían también un fondo compasivo, por ejemplo las leyes contra la exposición de niños; y no ahorra críticas a la corrupción de la Iglesia, aunque reforzó el poder legal de los obispos (*CTh* 1.27.2, a. 408) que diez años antes había intentado limitar (*CTh* 16.11.1). A pesar de las dificultades que los textos legales presentan para desvelar realidades inmediatas, especialmente sentimientos, es posible que detrás de la legislación de Honorio trascienda mejor su personalidad que tras los retratos hagiográficos de los aduladores eclesiásticos, o las crueles críticas de sus detractores, especialmente paganos.

A lo largo de la década del 410 el gobierno imperial se vio obligado a adoptar una actitud de 'realpolitik'. A la muerte de Alarico, el Imperio sigue rechazando la entrega de tierras, pero al enfrentamiento abrupto parece seguir una sucesión de conversaciones que culminarían en el año 418 con la entrega de Aquitania a los hombres de Vallia a cambio de su sometimiento como soldados al servicio del Imperio. No sabemos cuál fue la influencia que sobre esta política de hechos consumados pudo tener la figura del mencionado Constantius, que desde el 415 estaba casado con Placidia, en un matrimonio político que para el 419 había dado a la familia imperial una hija,

Grata Honoria, y un hijo, Valentiniano, que a la postre sería el heredero del Imperio. Es posible que esta circunstancia propiciase los honores que Constantius recibió en estos momentos como parte de un acuerdo familiar pensando en la sucesión dinástica.

Un aspecto que recorre el fondo del libro pero que solo emerge ocasionalmente es la relación entre la corte de Rávena y la de Constantinopla. Pinceladas discontinuas de un elemento clave de la política mediterránea. Silencios por parte del autor que aunque se correspondan con silencios en las fuentes merecerían una mayor atención. Como lo merecerían algunas otras fuentes, caso de la Crónica de Hidacio, que Doyle apenas explota en su trabajo. Tras la muerte de Constantius en el 421, Honorio restablece relaciones con Teodosio II, su sobrino; poco después Placidia, cuyas relaciones con Honorio hemos visto deploradas por algunos críticos, se exilia con sus hijos, precisamente en Constantinopla. No regresarán hasta después de la muerte del emperador. Súbitamente pareciera que todo se acaba, que Honorio vuelve a recluírse en los laberintos del palacio, sin embargo continuó activo, atento a las tareas de gobierno, como evidencia el que siguiere legislando hasta unos días antes de su muerte. El 6 de agosto del 423 están fechadas cinco leyes que, las redactase quien las redactase, hacen patente una indudable preocupación de gobierno, en este caso atienden sobre todo a cuestiones de procedimiento judicial pero en ningún caso muestran una dejación de funciones.

Es posible que, como quiere el autor, Honorio no responda a los patrones que en la historia antigua habían caracterizado a los grandes hombres, una imagen construida sobre

el modelo alejandrino del general victorioso, el retórico sagaz y el vencedor en cualquier circunstancia. La personalidad de Honorio, elusiva en las fuentes lo es a veces también en un libro que se enmarca en una colección de biografías; que se alimenta de una tradición historiográfica casi exclusivamente anglosajona. No fue un jefe militar, probablemente tampoco un aseta, aunque las disposiciones sobre su funeral, una simple cripta en la iglesia de san Pedro, parezcan evidenciarlo; su vida matrimonial sin descendencia también es elusiva, parece escondida entre los muros de la corte, de la que él mismo parece un prisionero. Sin embargo, su aparentemente escasa inteligencia que se le ha atribuido reiteradamente, choca con su habilidad para sobrevivir 27 años en el trono en medio de las circunstancias más adversas, en más de una ocasión mostró coraje y resolución (p. 189), sea para afrontar situaciones comprometidas o para liberarse de la presión de sus mentores. En otro contexto, sus esfuerzos por gestionar la administración o hacer frente a las dificultades de reclutamiento, por enfrentar la corrupción o poner orden en los procesos judiciales, por adaptarse a las circunstancias de las invasiones bárbaras, anticiparse a sus agresiones, por ejemplo ordenado reforzar las murallas de Roma cuando los godos irrumpieron en el horizonte itálico, habrían sido juzgados de otra manera. Pero el juicio en función de los resultados jugó en su contra, de ahí que sea tan difícil encontrar algo que admirar en su persona o en su obra.

Pablo C. Díaz  
*Universidad de Salamanca*  
 pcdiaz@usal.es